

El Elías chiquito

Raúl Uribe

para Dolores Ponce

LOS COMPONENTES DE LA OBRA de Elías Nandino, como los de cualquier otro escritor o artista, pueden agruparse para su estudio bajo diferentes criterios, según el interés u orientación teórica de los investigadores. A continuación, y para los propósitos de este texto, se ha de distinguir entre lo que llamaremos, por un lado, la obra grande y por otro, la pequeña. Por supuesto esto no significa que la grande sea mayor en calidad, ya sea temática o formal en relación con la pequeña. Si decidimos que un poema debe ir en esta o en aquella categoría será por la extensión de su estructura y nada más. Así, a la obra grande corresponderán los sonetos, los nocturnos, las décimas o las cuartetos encadenadas de arte mayor o menor que se encuentran en la mayoría de sus libros de poesía como, por citar algunos de los más populares, *Triángulo de silencios* (1953), *Cerca de lo lejos* (1979) o *Erotismo al rojo blanco* (1983). La obra pequeña aglutina los poemas de estructuras cortas que ya aparecen desde su publicación clasificados en cuatro grupos: los alburemas (1982), las picardías (1989), los epigramas (1989) y los haikús (1993). Este “Elías chiquito”, si se nos permite usar la expresión, tiene la virtud de concentrar en espacios pequeños grandes voltajes expresivos, como si se tratase de una fotografía, es decir, un golpe de vista que revela en un segundo un universo de valores completo. Análogamente, la obra grande que se extiende a lo largo de diferentes pasajes, bifurcaciones y retruécanos, vendría a ser como una película, una sucesión de reflexiones desplegadas a través del discurso.

Los alburemas son, como su nombre sugiere, un punto de encuentro entre el albur y la poesía y que se presentan

como juegos de palabras en doble sentido que acarrearán casi siempre connotaciones sexuales pero que, a diferencia del albur común, por estar sostenidos en la creatividad del poeta, no presentan cualidades agresivas, ofensivas, vulgares, burdas o faltas de gracia.

Antes me vengaba
de todo.
Ahora no me vengo
con nadie.

Observamos en este caso, que la conjugación del verbo *vengar* se relaciona con la conjugación del verbo *venir* y que éste a su vez es eufemismo de eyacular. De este modo el que antes se vengaba de todo, ahora no se viene, o no eyacula con nadie. Escrito en primera persona el alburema hace del propio poeta su objeto de escarnio. Esto en cierta medida da un giro de tuerca a la intención del albur común que es, justamente, dominar al otro, como en una competencia, valiéndose de la agilidad mental en el uso del lenguaje soez.

Es que hace tanto tiempo
de la última
vez, que
ahora, francamente,
ya no sé qué escoger.

El juego de palabras del último verso que está sostenido por la similitud fonética entre “ya no sé qué escoger” y “ya no sé qué es coger”, mueve, casi inequívocamente por su patetismo, a la piedad. Los alburemas pertenecen temporalmente al mismo periodo en el que Nandino escribió los

poemas de *Erotismo...*, apenas un año media entre ellos, y aquellos como estos, no obstante su ingenio, resultan bastante menos racionales que los trabajos más jóvenes y mucho más emotivos.

Otros alburemas son bastante más directos en su mensaje; aparecen casi como consejos que el poeta da a sus lectores apoyado en su experiencia vital. Esto se puede apreciar a continuación:

Debemos estar listos,
con la intuición despierta,
lubricar las entradas
y evitar que la muerte
nos coja por sorpresa.

Dos de los temas que obsesionaron a Nandino, la muerte y el sexo, aparecen aquí mezclados como en un divertimento. Es precisamente gracias a esta cualidad cómica que dos temas tan abusados como son lo erótico y lo tanático, pueden acercarse sin que el resultado venga a ser chocante ni presuntuoso, sino todo lo contrario, dialogan de manera simple y, más aún, divertida. Pero siendo la risa lo que es, la consecuencia sensible de un desorden en la organización de la cotidianidad, pareciera que el alburema explota la imprevisibilidad de la muerte como si fuera un albur.

A propósito, las picardías de Nandino, el segundo grupo de la obra pequeña que nos hemos propuesto estudiar brevemente, son dichos en los que se manifiesta cierta gracia maliciosa relativo a lo sexual también. Como con los alburemas, hay picardías que hacen ludibrio del poeta, aunque esta vez se aperciben las ganas de hacer una pequeña restitución:

Como estoy
en la menopausia
completa,
ya escribo
sin reglas.

La menstruación de las mujeres que se detiene en la menopausia es equiparada con las reglas del buen escribir que se desdibujan en la obra de un poeta de la madurez de Nandino. Así como la juventud viril fue la inspiración de su obra más temprana, la vejez es también fuente de creaciones. Acaso esta picardía recuerda al poema prefacio de *Erotismo...* del cual citamos las últimas líneas: “*Fue tal mi apego/ a los desmanes/ de su carnal orgía/ que a mis ochenta y dos años/ de su infierno en ruinas/ aún estoy creando mi poesía*”. Hay que insistir en que la obra más madura de

Nandino, grande o pequeña, continuamente alza la voz para dignificar la vejez, para hacerla florecer, digamos, y desde ese lugar siempre encuentra oportunidades para dirigirse a los poetas más jóvenes:

Que no te importe
lo que digan
los críticos panfleteros.
Tú pásate lo que dicen
por debajo de los dedos.

Hasta aquí podemos notar que los alburemas y las picardías guardan ciertas similitudes, sobre todo por la vibrante sexualidad que implican. Los epigramas, por su lado, son otra cosa y vale mucho la pena dedicar nuestra atención a ellos un momento.

Desde la Grecia clásica hasta nuestros días, los poetas se han valido de estas composiciones breves para festejar o satirizar acerca de algún objeto o situación. Literalmente epigrama quiere decir “sobrescribir”, como si se tratase de una inscripción que se pone encima de alguno con el propósito de exaltar sus virtudes o criticar sus vicios. Era muy común que los poetas de la generación de Nandino (nos referimos especialmente al grupo de los Contemporáneos, pero no únicamente) se dedicaran entre sí epigramas que combinaban una gran inteligencia argumentativa con la brevedad. En la España barroca los cortesanos letrados se valían de los epigramas improvisados para exhibir su agudeza, ya sea para adular a un noble o para ridiculizar a un par. En esto hay una característica compartida con los albures: son incitaciones a la contienda verbal en el que vencerá el más brillante. Pequeños, dulces y punzantes, tal y como los definió Juan de Iriarte en el siglo XVIII, eran los epigramas que se intercambiaban los poetas mexicanos de la década de los treinta. El siguiente se lo escribió Xavier Villaurrutia a Nandino:

Este médico inconsciente,
entre locura y lo cura
lo primero que hace al cliente
es, de manera insistente,
bajarle la calentura.

Nandino tenía bien ganada la fama de ser un seductor y aquí Villaurrutia insinúa que más de una vez se ha de haber enredado con algún paciente. El aludido no se quedó callado y respondió:

Si sufres por tu estatura
porque la sientes muy baja;

piensa que a falta de altura,
enano llevas ventaja.

A Salvador Novo, de quien Nandino fue amigo por varias décadas, también recibió una composición por parte del autor de *Nocturna suma*. Alguna vez Novo hizo declaraciones al periódico *Excélsior* en el que se lamentaba no haber tenido hijos. Nandino encontró aquí pretexto y escribió:

Es raro el caso de Novo
al declararse inconforme
por no haber tenido hijos:
cuando tiene un chico enorme.

También hay que reconocer que otras veces los epigramas de Nandino reconocen el genio de sus colegas. Hay uno en el que celebra la sagacidad de Novo con mucho orgullo y éste, que presentamos enseguida, en el que rinde homenaje a Carlos Pellicer:

Todos lo gritan a coro,
todos lo dicen con ganas:
que Pellicer es el oro
de las letras mexicanas.

Hemos querido reservar para el final al asunto de los *haikus* por ser éstos una de las aventuras poéticas más atrevidas de Nandino, aunque no fue él ni el primero ni el único de los occidentales, específicamente en español, en cultivar este género. También lo hicieron José Juan Tablada, Jorge Luis Borges, Efrén Rebolledo entre otros varios. No respeta Nandino casi nunca la forma tradicional de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente, ni incluye rigurosamente en sus composiciones el “*kigo*”, o palabra clave que indica la estación del año de la que se está hablando, pero conserva el carácter espiritual de los cultivados por sus más grandes exponentes japoneses, Basho, Buson o Issa y, efectivamente, crea de manera muy sintética un paisaje lingüístico, un momento congelado en el tiempo. Será, tal vez, porque la vida en la provincia, en Cocula exactamente, dio a nuestro poeta una sensibilidad ante la naturaleza muy cercana a la que fomentaron los maestros de la filosofía y la estética zen. El siguiente *haiku* lo evidencia:

ÁLAMO
¡Entre sus ramas
cuelga un millón
de monedas de plata!

O este otro que, bajo una mirada compasiva se revela el significado profundo de un fenómeno tan común y corriente:

CRIMEN
¡Que puñalada
le ha dado el viento
a la granada!

El poeta argentino Rafael Roldán Auzqui escribe en la dedicatoria de su libro *Haikus a flor de voz* (1997): “Al genio japonés, a cuya inventiva poética debemos el haikú -alada ráfaga de eternidad-; constituye una de las formas líricas más sublimes que, por su brevedad e intensidad, Oriente ha legado a la literatura universal”. Por eso dijimos arriba que escribirlos resulta para un occidental una aventura riesgosa ya que exigen del poeta aparte de capacidad de concreción, delicadeza y finura.

UVA
¡Es una gota
de noche oscura!

El primer verso corresponde a la primer parte del desplazamiento que describimos, una flexión, una gota, un mundo compacto cerrado sobre sí mismo. Luego viene la gran extensión, la noche oscura, la penumbra inconmensurable que lo envuelve todo. Flexión y extensión chocan y entonces al lanzar de nuevo la mirada a algo tan humilde como una uva, revelan su fascinante belleza. Por supuesto, hay algo de onírico en todo esto. Se debe a que el haikú tiene la capacidad de, igualmente, flexionar y extender la conciencia.

Con esto hemos recorrido muy velozmente la obra pequeña de Nandino. Mario Benedetti escribió alguna vez que la poesía es una ventana abierta que permite que un aire fresco circule por las sórdidas paredes del alma. La poesía de Nandino es sin lugar a dudas una de esas ventanas por las que el mundo se mira sin escatimar ni sombras ni esplendores. Su obra pequeña constituye no solamente un alto vuelo literario, sino además, una invitación al diálogo de los corazones que se contraponen a la soledad, al aislamiento y a la indiferencia que priva en nuestros días. Los poemas de Nandino permanecen, entonces, como ventanas abiertas que invitan a girar la mirada al otro. •

RAÚL URIBE es dramaturgo, director y escritor. Su obra teatral *Palabras Finales* se basa en textos y poemas de Elías Nandino.